

Estudio 7

EL PERMISO DEL MAL, SU RELACIÓN CON EL PLAN DE DIOS

**¿Por qué fue permitido el mal?—El bien y el mal como principios—
El sentido moral—Dios permite el mal y hará que resulte en bien—
Dios no es el autor del pecado—La prueba de Adán no fue una farsa—Su severa tentación—
Pecó voluntariamente—La pena del pecado no es injusta ni demasiado severa—La
sabiduría, el Amor y la Justicia demostrados a todos en Adán —
La Ley de Dios es universal**

(1) EL MAL, es la causa de la infelicidad; lo que directa o remotamente ocasiona sufrimientos de cualquier especie.—*Webster*. Este tema por lo tanto no se limita a averiguar lo relacionado con las dolencias humanas, los sufrimientos, las penas, las flaquezas y la muerte; si no que, dejando atrás todo esto, pasa a considerar su causa primordial, el pecado y su remedio. Si el pecado es la causa de todos los males, destruirlo es el único medio de curar radicalmente la dolencia.

(2) Quizás no hay otra dificultad que se presente tan a menudo a la mente investigadora como las preguntas: ¿Por qué permite Dios el actual predominio del mal? ¿Por qué Dios, después de haber creado perfectos y rectos a nuestros primeros padres, permitió que Satanás los tentara? ¿Por qué puso el árbol prohibido entre los otros, los buenos? A pesar de todos los esfuerzos para eludirlos, la pregunta nos confronta: ¿No hubiese podido Dios impedir todas las posibilidades de la caída?

(3) Sin duda alguna que la dificultad proviene de no comprender el plan de Dios. Él podía haber impedido la entrada del pecado, pero el hecho de que no lo hizo debería ser la prueba suficiente de que, conforme a sus designios, el presente permiso del mal redundan finalmente en gran bien. Algunos preguntan: ¿No podía Dios, para quien todas las cosas son posibles, haber intervenido a tiempo e impedir la completa realización de los designios de Satanás? Indudablemente que sí hubiera podido, pero tal intervención habría frustrado la ejecución de sus

propios designios. Su propósito fue manifestar la perfección, la majestad y la legítima autoridad de su ley, y mostrar a los hombres y a los ángeles las malas consecuencias que resultan de su violación. Además, algunas cosas, a causa de su naturaleza, son imposibles al mismo Dios, como las Escrituras lo afirman: "Es imposible que Dios mienta." (Heb. 6:18); "Él no puede negarse a sí mismo." (2 Ti. 2:13) Él no puede hacer lo malo, de manera que no podía escoger otro plan que el más sabio, y el mejor, para introducir a sus criaturas en la vida, aun cuando por algún tiempo nuestra corta capacidad nos impida distinguir su infinita sabiduría.

(4) Las Escrituras declaran que todas las cosas fueron creadas por la voluntad de Dios. (Ap. 4:11) Sin duda alguna que esto fue por el placer de dispensar sus bendiciones y de ejercitar los atributos de su glorioso ser. Y a pesar de que en sus designios benévolos permite el mal y deja a los inicuos tomar una parte activa, no es por amor del mal, ni porque ligado en forma alguna con el pecado, puesto que escrito está: Él "No es Dios que se complace en la maldad." (Sal. 5:4) Aun cuando opuesto al mal en todos sus sentidos, Dios lo *permite* (es decir, no lo impide) por un tiempo, porque en su sabiduría ve la manera en que se ha de tornar en una perenne lección a sus criaturas.

(5) Es una manifiesta verdad que por cada principio bueno existe un correspondiente principio malo. por ejemplo: verdad y falsedad, amor y odio, justicia e injusticia. Estos principios opuestos los distinguimos como el del *bien* y el

del *mal*, según sus efectos cuando se ponen en acción. El principio que cuando activo redundaba en bien y es promotor de la armonía, el orden y la felicidad, lo calificamos de *buen* principio; por el contrario, si redundaba en discordias, en infelicidad, y en la misma destrucción, entonces lo calificamos como un principio *malo*. A los resultados de estos principios en acción, se les llama bien y mal; a los seres dotados de raciocinio, que son competentes para distinguir entre el principio del *bien* y el del *mal*, y quienes voluntariamente se gobiernan por uno u otro, respectivamente, los llamamos justos o pecadores.

(6) A la facultad que tenemos de discernir entre los principios del bien y del mal, se le llama *sentido moral*, o *conciencia*. Ejercitando este sentido moral con que Dios ha dotado al hombre, nos hallamos en condiciones de juzgarlo y de reconocer que Él es bueno. Para probar su rectitud y su justicia, Dios siempre apela a este sentido moral, y por medio de ese mismo sentido, Adán, aun antes de familiarizarse con las consecuencias del pecado, muy bien podía discernir lo *malo* de éste. Los seres inferiores a la categoría del hombre no están dotados de este sentido moral. El perro tiene alguna inteligencia, pero no hasta este punto, a pesar de que sí logra comprender que ciertas acciones suyas dan gusto a su amo, y que otras le desagradan. En caso de robar o de quitar la vida no podría aplicársele el calificativo de pecador, y tampoco puede tomársele por virtuoso si protege la propiedad o la vida de alguno, puesto que ignora la calidad moral de sus acciones.

(7) Dios habría podido crear a la humanidad desprovista de la habilidad de discernir entre lo bueno y lo malo, o solamente, competente para comprender y hacer lo bueno; de ser ese el caso, habría fabricado una máquina viviente, y el hombre estaría muy lejos de ser una imagen de su Creador. También pudo haber hecho al hombre perfecto y con libre albedrío, como lo hizo, pero resguardándolo de todas las tentaciones de Satanás. En tal caso, siendo la experiencia del hombre limitada a lo bueno, estaría expuesto de continuo a las malas tentaciones exteriores y a sus propias ambiciones

interiores; tal cosa hubiera dejado incierto el eterno futuro, cabiendo siempre la posibilidad de una rebelión o un arrebato de desobediencia; además, sin ponerlo en contraste con el mal, el bien no podría ser tan altamente apreciado.

(8) En un principio Dios hizo conocer el bien a sus criaturas, rodeándolas de él en el Edén; más tarde, y como castigo por su desobediencia, les dio el amargo conocimiento del mal. Arrojadados de allí y privados de su favor, los dejó que experimentaran enfermedades, dolores y muerte para que, de esta manera, y una vez para siempre, conocieran el mal y las terribles consecuencias del pecado.

(9) Al comparar los resultados de sus acciones, pudieron apreciar debidamente el bien y el mal. "Y dijo Dios: He aquí al hombre como uno de nos, sabiendo el bien y el mal." (Ge. 3:22) En esto su posteridad participa, con la diferencia que primero conocen el mal, y no tendrán completo conocimiento del bien hasta que lo experimenten en el Milenio, como resultado de su redención por el que será su Juez y Rey.

(10) El sentido moral o juicio entre lo bueno y lo malo, junto con la libertad de usarlo que Adán poseía, fueron los rasgos más importantes de su semejanza con Dios. La ley del bien y del mal estaba inscrita en su constitución, y formaba parte de su naturaleza como lo forma de la divina. Pero no olvidemos que esta imagen y semejanza a Dios, esta naturaleza original del hombre teniendo inscrita la ley de Dios, por causa de la influencia degradante y borrosa del pecado, ha perdido mucho de su claro diseño y por lo tanto ahora no es lo que fue con el primer hombre. La facultad de amar implica la facultad de aborrecer; de este modo vemos que Dios no podía hacer al hombre a su propia imagen, con capacidad de amar y hacer el bien, sin dotarlo de la correspondiente capacidad de aborrecer y de hacer el mal. Tal libertad de escoger, la que llamamos libre albedrío o libre voluntad, forma parte de los dotes originales del hombre, y junto con la medida llena de sus facultades mentales lo constituye en la imagen del Creador. De esta semejanza original, tanto se ha borrado por el pecado después de seis mil años de degradación

que ya no somos libres, sino que, en mayor o menor grado, somos esclavos del pecado y sus consecuencias, hasta el extremo de que para la raza caída el pecar es más fácil y grato que la virtud.

(11) Que Dios pudo dar a Adán una impresión vívida de los muchos y funestos resultados del pecado, ni siquiera lo dudamos por un momento; creemos no obstante que Dios previó cómo una experiencia del mal en cabeza propia sería la más ventajosa y perdurable lección que había de servir a la raza eternamente. Por esta razón Dios no impidió sino que permitió al hombre el escoger a su gusto y que sufriera las consecuencias del mal. De no haberse permitido el pecado, el hombre no habría tenido la oportunidad de resistirlo, y por lo tanto, su rectitud carecería de valor y de mérito. Dios busca a los que le adoran en espíritu y en verdad; en vez de un servicio mecánico y ciego, desea la obediencia gustosa y consciente. Ya tenía Él en operación, para llevar a cabo su voluntad, ciertos instrumentos inanimados y mecánicos; pero su designio ahora era el crear algo más noble, una criatura inteligente, a su propia imagen, un señor para la tierra cuya lealtad y rectitud estuvieran basadas en la apreciación de lo justo y de lo injusto, del bien y del mal.

(12) Como *principios*, el bien y el mal han existido y siempre existirán, todas las criaturas perfectas e inteligentes, hechas a semejanza de Dios, deben ser libres de escoger entre el bien y el mal, aun cuando el principio del bien sea el *único* que continúe activo para siempre. Las Escrituras nos informan que cuando la actividad del mal haya sido permitida por el tiempo suficiente para llevar a cabo los planes de Dios, entonces el mal cesará para siempre de ser activo, y los que continúen sometidos a su dominio cesarán para siempre de existir. (1 Co. 15: 25, 26; Heb. 2:14) Solamente hacer lo bueno y los que hagan el bien continuarán para siempre.

(13) Pero hagamos la pregunta en otra forma ¿No podía el hombre haber obtenido el conocimiento del mal de otro modo sin tener que experimentarlo? Hay cuatro maneras de conocer las cosas, por: intuición, observación, experiencia, e información recibida a través de

fuentes confiables. Un conocimiento intuitivo sería una percepción directa, sin el proceso de razonamientos ni la necesidad de pruebas. Tal conocimiento pertenece solamente a Jehová, la eterna fuente de toda sabiduría y verdad, quien forzosamente es superior a todas sus criaturas. Así es que, en el hombre, el conocimiento del bien y del mal no podía ser intuitivo; hubiera podido adquirirlo por observación, pero sería necesario que se permitiera la maldad en alguna parte y en algunos seres, ¿y por qué no entre los hombres y sobre la tierra?

(14) ¿Por qué no había de ser el hombre la ilustración y así alcanzar ese conocimiento por medio de su propia experiencia? Y así el hombre recibe el beneficio de la práctica y de la experiencia, y al mismo tiempo ofrece a otros un ejemplo, siendo "un espectáculo a los ángeles." Adán tuvo un conocimiento del mal por información, pero le fue insuficiente para retraerlo de sus deseos de experimentar. Adán y Eva conocían a Dios como su Creador y como el único que tenía derecho para gobernarlos y dirigirlos; Dios había dicho sobre el árbol prohibido: "En el día que comiereis de él, moriréis." De modo que ellos tenían un conocimiento teórico del mal, aun cuando nunca habían observado ni experimentado sus efectos. Por consiguiente, no se daban cuenta de la amorosa autoridad, ni de la ley benéfica del Creador, como tampoco se daban cuenta de los peligros de que Él se había propuesto librarlos. A causa de esto cedieron a la tentación, lo cual Dios permitió habiendo previsto en su sabiduría el beneficio de semejante experiencia.

(15) Pocos logran apreciar la severidad de la prueba bajo cuyo peso sucumbieron nuestros primeros padres; tampoco alcanzan a comprender la justicia en imponer tan dura pena a lo que a muchos parece una ofensa muy leve; todo esto se aclarará al hacer una pequeña reflexión. Las Escrituras nos refieren la sencilla historia de cómo la mujer, la más débil, fue engañada y transgredió. La experiencia, y el conocimiento de Dios que ella tenía, eran más limitados que los de Adán, puesto que éste fue creado primero, y a él directamente, antes de crear a Eva, Dios había comunicado la condena

que traería el pecado; Eva probablemente recibió esta información de boca de Adán. Al participar de la fruta, habiendo creído en la mentira de Satanás, evidentemente no se daba cuenta de la seriedad de la trasgresión aun cuando no dejaría de tener recelos ni de comprender que estaba procediendo mal. A pesar de ser engañada, Pablo dice que ella transgredió, pero que no fue tan culpable como si hubiera tenido más luz.

(16) Se nos dice que Adán no fue engañado (1 Ti. 2:14), de manera que, muy diferente al caso de Eva, él desobedeció con pleno conocimiento de lo que hacía, y con el castigo en perspectiva puesto que sabía seguramente que debía morir. Fácilmente podemos deducir cuál fue la tentación que lo indujo a incurrir a pecar. Teniendo en cuenta que ambos eran seres perfectos, en la imagen moral y mental de su Hacedor, razonamos que el divino atributo del amor en grado sumo estaba presente en el hombre perfecto y, hermosamente, se exhibía por éste en su conducta para con la mujer perfecta, su amada compañera. Al darse cuenta del pecado de Eva, y temiendo su muerte, es decir, su pérdida (sin esperanza de recobrarla, puesto que ninguna se había dado). En su desesperación Adán, irresponsablemente, decidió no vivir sin ella, considerando su propia vida infeliz y sin valor sin su compañía. Él, con pleno conocimiento de lo que hacía, cometió el acto de desobediencia para así participar de la sentencia de muerte que probablemente él suponía pesaba sobre Eva. Conforme al Apóstol Pablo ambos tuvieron parte "en la trasgresión." (Ro. 5:14; 1 Ti. 2:14) Pero, como Adán y Eva eran uno y no dos, entonces Eva recibió la misma sentencia que su conducta a la que recibiera Adán. Ro. 5:12, 17-19

(17) No solamente previó Dios que al conceder al hombre la facultad de escoger, éste, por falta de una apreciación *completa* del pecado y de sus resultados, había de incurrir en él, sino que también que, aun después de familiarizarse con él, lo preferiría al deteriorarse su sentido moral hasta el grado de que el mal viniese a serle más acepto y deseable que el bien. A pesar de todo, optó por *permitir el mal* porque habiendo determinado los pasos necesarios para liberar al

hombre de sus consecuencias, vio que el resultado sería guiarlo por medio de la experiencia hasta el punto en que llegase a comprender la "excesiva maldad del pecado" y se apercibiese del esplendor de la virtud, en contraste con aquél. Todo esto con el fin de enseñarle a amar y a honrar a su Creador, manantial y fuente de todo bien, haciéndole apartarse para siempre de todo lo que sólo le acarreó la miseria y el dolor. El resultado final será un gran amor hacia Dios, mayor odio a todo lo que se opone a su voluntad y, por consiguiente, el establecimiento en justicia eterna de todos los que aprovechen las lecciones que ahora Dios enseña al permitir el pecado y sus males consecuentes. Existe no obstante una gran diferencia entre el hecho indiscutible de que Dios permite el pecado y el serio error de algunos que lo acusan de ser su autor e instigador. Tal opinión es blasfema y contradice las doctrinas presentadas en la Biblia. Los que en este error caen, por lo general ha sido a causa de querer encontrar un plan de salvación diferente al provisto por Dios por medio del *sacrificio* de Jesús como precio de rescate. Al lograr convencerse a sí mismos de que Dios es el responsable de todo pecado, maldad y crimen y que el hombre, cual inocente instrumento en su mano se vio forzado a pecar, entonces llegan a creer en la teoría de que no se requiere misericordia de su parte, como tampoco sacrificio alguno por nuestros pecados, sino solamente el ejercicio de la JUSTICIA. De esta manera ponen los cimientos para otra de las fases de sus erróneas enseñanzas, tal como el universalismo con sus pretensiones de que siendo Él el causante de toda maldad y de todo crimen, será el que libere a la humanidad entera del pecado y de la muerte. Además, al razonar que Dios quiere¹ y causa el pecado, y que nadie

1 Dos textos de las Escrituras (Isa. 45:7 y Amós 3: 6-en la Versión Moderna lea las notas correspondientes) se citan para corroborar esta teoría mas esto se debe a una errónea interpretación de la palabra mal en ambos textos. El pecado es siempre un mal, pero un mal no es siempre un pecado. Un terremoto, una conflagración, una inundación o una pestilencia pueden ser una calamidad o un mal, pero nunca un pecado. En estos textos la palabra mal significa calamidad. La misma palabra hebrea se traduce aflicción en Sal. 34:19; 107:39; Je. 48:16; Zac.

puede resistirle, infieren que cuando Él determine que prevalezca la justicia, igualmente todos serán impotentes para eludirla. Notemos que con tales razonamientos se degrada al hombre a la simple condición de una máquina cuyos actos no son propios, y por completo se hace a un lado la más noble cualidad en su ser, la libertad de *escoger* y de ejercer su libre albedrío, el rasgo más admirable de semejanza a su Creador. De ser ese el caso, el hombre, lejos de ser el señor de la tierra, sería inferior aun a los insectos, los que indiscutiblemente poseen voluntad y facultad de escoger. Aun la insignificante hormiga ha sido dotada de una voluntad tal, que el hombre, a pesar de su superioridad, solamente está en condiciones de frustrar u oponer, pero no puede destruir.

(18) No se puede poner en duda el hecho de que, si Dios quisiera, muy bien podía forzar al hombre ya fuera a pecar o a practicar la justicia, no obstante, su Palabra nos informa que no es ese su propósito. Como Dios no puede negarse a sí mismo, no forzaría al hombre a pecar; tal proceder sería incompatible con la rectitud de su carácter, por tanto, una imposibilidad. Además, sabemos que Él tan sólo busca el amor y homenaje de los que le adoran en espíritu y en verdad, y por esto ha dotado al hombre de libertad de *voluntad* cual la suya, y desea que por sí mismo *escoja* la rectitud. *El permiso* para escoger que Dios concedió al hombre dio lugar a la caída de éste, haciéndole perder el favor y la comunión con su Creador y acarreándole la

1:15 Se traduce calamidad padecimientos adversidad en 1 Sam.10:19; Je. 51:2; Lam.1:21; Sal. 88:3; 10:6; 94:13; Ec. 7:14 En muchos otros lugares la misma palabra se interpreta como agravio; injuria, daño, miseria, pesar y tristeza. En Is. 45:7 y Amós 3:6, el Señor recuerda a Israel, su pueblo, el pacto con Él hecho, habiendo acordado que si ellos obedecían sus leyes. los bendeciría y los protegería de las calamidades y males comunes a la humanidad; pero que si se apartaban de Él, entonces como castigos traería sobre ellos calamidades (males). Véase De. 28:1-14, 15-32; Lev. 26:14-16; Josué 23:6-11, 12-16.

Cuando las calamidades sobrevenían a Israel, ellos las consideraban como accidentes y no como correctivos de parte de Jehová. Por tanto, Dios por medio de sus profetas les recuerda su pacto y les dice que tales calamidades eran enviadas por Él para su corrección. Siempre y cuando que estos textos no se refieren en lo más mínimo al pecado, es absurdo el usarlos para comprobar que Dios es el autor de él.

muerte. Por medio de la experiencia, el hombre aprende de una manera práctica aquello que Dios ofreció enseñarle en teoría, sin tener que probar el pecado ni sus resultados. El conocimiento que de antemano Dios tuvo con respecto al futuro proceder del hombre, no lo usó en contra de éste como pretexto para rebajarlo hasta el extremo de convertirlo en un autómatas. Muy al contrario, lo usó a favor del hombre, puesto que conociendo el curso que éste tomaría al tener la libertad de escoger, no le estorbó que experimentase el pecado y sus resultados, pero en cambio, comenzó a hacer preparativos para recobrarlo de su primera transgresión; proveyó un Redentor capaz de restaurar hasta la perfección a todo el que por su conducto quisiera *retornar a su favor*. Con el fin de que el hombre tuviese *voluntad* propia y que al mismo tiempo aprovecharse la lección obtenido a causa de hacer uso de ella desobedeciéndole, Dios no solamente ha provisto un *rescate* por todos, sino quiere que esta oportunidad de reconciliación con Él, "a su debido tiempo" llegue a oídos de la humanidad entera. 1 Ti. 2:3-6

(19) Lo severo de la prueba no puede tomarse como una manifestación de odio ni de maldad por parte de Dios, sino como consecuencia necesaria e inevitable del mal que, al permitirlo Dios, dio al hombre la oportunidad de ver y de sentir sus resultados. Dios puede prolongar una vida por el tiempo que a Él desee y aun en contra del poder destructivo del mal, pero, así como le es imposible mentir, también le sería imposible preservar eternamente la vida de un ser perverso; esto le sería una *imposibilidad moral*. Tal vida tan sólo se volvería más y más en un manantial de infelicidad para sí misma y para los demás; por esto Dios, quien es demasiado bondadoso para perpetuar una existencia tan inútil y perjudicial, le retira su poder sustentador dando lugar a la destrucción, el resultado natural del mal. La vida es un don, un favor de Dios, y solo será eterna para los obedientes.

(20) Al no proporcionar una prueba individual a cada uno, no se ha cometido injusticia alguna con la posteridad de Adán. Bajo ninguna circunstancia estaba Jehová obligado a darnos el ser, como tampoco después de darnoslo, ninguna

ley de equidad o de justicia lo precisaba a perpetuarla, ni aun siquiera a someternos a prueba con la promesa de vida eterna si éramos obedientes. Este es un punto que debemos meditar. A pesar de todos sus males y desengaños, la vida presente, que desde la cuna a la tumba que no es otra cosa que un continuo proceso hacia la muerte, viene a ser una gracia o favor. La gran mayoría opina de esta manera, a excepción de los unos pocos, como los que se suicidan, de los cuales la justicia han decidido que son víctimas de un desequilibrio mental, puesto que de otra manera no se privarían de las presentes bendiciones. Además, la conducta de Adán, el hombre perfecto, nos muestra cuál habría sido la conducta de sus hijos bajo las mismas circunstancias.

(21) Muchos han creído la idea errónea de que Dios ha puesto la raza a prueba por la vida con la alternativa del *tormento eterno*; tal cosa ni siquiera se alude en la sentencia. El favor o bendición que para sus hijos obedientes concede, es la vida—la vida continua—libre de dolor, de enfermedades de toda otra causa de decaimiento y muerte. A Adán se le dio esta bendición a manos llenas, y se le hizo presente que esta "dádiva" le sería retirada si desobedecía a Dios. Se le dijo: "El día que de él comiereis, muriendo morirás." Nada supo él con respecto a una *vida* en tormento como consecuencia del pecado. A nadie más que a los obedientes se ha ofrecido la vida eterna. La vida es la dádiva de Dios, y lo opuesto a la vida, o sea la muerte, es la pena prescrita.

(22) La tortura eterna ni siquiera se insinúa en el Antiguo Testamento, y en el Nuevo solamente a algunos relatos mal interpretados puede dárseles ese colorido. Estos se encuentran entre los simbolismos del Apocalipsis, y entre las parábolas y dichos ocultos de nuestro Señor que *no fueron entendidos* por la gente que los oía (Lu. 8:10) pero que pueden entenderse hoy claramente.² ". . . la paga del pecado es muerte" (Ro. 6:23), "Y que "El alma que pecare, esa morirá." Eze. 18:4

(23) Muchos suponen que Dios procedió injustamente al disponer que toda la raza sufriera la condena impuesta a Adán, en vez de proporcionar a cada una la oportunidad para ganar la vida eterna, tal como le fue concedida a él. ¿Qué dirían al enterarse de que la oportunidad para alcanzar la vida eterna que ha de gozar todo miembro de la caída humanidad será en gran manera más favorable que la proporcionada a Adán, y todo *porque* Dios adoptó este plan de permitir a la raza el participar de una manera natural, de la pena a aquél impuesta? Las Escrituras enseñan que tal es el caso, y trataremos de explicarlo.

(24) Dios nos asegura que, así como *en* Adán la sentencia *recayó* sobre todos, en su amor ha provisto un nuevo jefe, padre o dador de vida para la raza, al cual, por medio de la fe y de la obediencia, todos pueden ser redimidos. También nos asegura que de la manera como todos *en* Adán participaron de la maldición de la muerte, así todos también *en* Cristo, con excepción de la Iglesia de Cristo, participarán de las bendiciones de la restitución. (Ro. 5:12, 18, 19) Desde este punto de vista, nos damos cuenta de que la muerte del puro e inmaculado Jesús fue con el objeto de completar un acuerdo con Dios causado por el pecado de Adán. Así como el pecado de un solo hombre atrajo el castigo sobre toda la posteridad, igualmente al pagar la pena de un solo pecador, Jesús no solamente compró a Adán, sino que también compró a sus hijos, "todos," la raza entera, que por herencia participa de la debilidad y del pecado, como también del resultado de éstos—la muerte. Nuestro Señor, "el *hombre* Cristo Jesús," inmaculado, aprobado de Dios, llevando en sí la simiente de una raza sin mancha, dio el *todo* de su vida humana y el derecho a ella, como el completo *precio de rescate* por Adán y la raza o simiente que en él fue sentenciada.

(25) Habiendo plenamente rescatado la vida de Adán y de su raza, Cristo ofrece adoptar como hijos suyos, su simiente, a todos los hijos de Adán que quieran aceptar las condiciones del Nuevo Pacto, y que deseen, por medio de la fe, venir a formar parte de su familia, la familia de Dios, para luego recibir la vida eterna. En este

² Por 10 centavos mandaremos un folleto que explica cada uno de los pasajes en que las Escrituras emplean la palabra "Infierno."

sentido el Redentor verá "su *simiente* [todos los hijos de Adam que acepten la *adopción* bajo tales condiciones]," y prolonguen sus días (resurrección a un plano más elevado que el plano humano, siendo otorgado por el Padre como un premio a su obediencia), de una manera casi inverosímil, por medio del sacrificio de su misma vida, y de su posteridad. Por esto está escrito: "Porque como todos en Adán mueren, *así también* todos en Cristo serán vivificados." *Traducción Corregida*, 1 Co. 15:22.

(26) El daño que recibimos a causa de la caída de Adán (no sufrimos injusticia alguna), será más que compensado por el favor que Dios nos suministra por conducto de Cristo, y tarde o temprano, "a su debido tiempo," todo miembro de la raza tendrá una plena oportunidad de ser restaurado a la misma condición de que gozaba Adán antes de pecar. Los que en el tiempo presente no hayan obtenido el pleno conocimiento, y los que no gocen por medio de la fe, del favor de Dios (y éstos componen la gran mayoría e incluye a los niños y paganos) tendrán éstos privilegios en el "mundo venidero," que es la dispensación o edad que sigue a la presente. Con este fin, "todos los que están en sus sepulcros...saldrán." A medida que cada cual (ya sea en esta edad o en la próxima) se dé cuenta del precio de rescate ofrendado por Jesús, y de los privilegios que de él se derivan, desde ese momento se considera que están en prueba como lo estuvo Adán; la obediencia traerá la vida eterna, en tanto que la desobediencia acarreará la muerte eterna, "la Segunda Muerte." Sin embargo a menos que se posee perfecta habilidad para rendirla, de nadie se requiere perfecta obediencia. Durante la Edad Evangélica, y bajo el Pacto de Gracia, a los miembros de la Iglesia se les ha imputado por medio de la fe el mérito de la justicia de Cristo, saldando así las faltas involuntarias motivadas por la flaqueza de la carne. En la Edad Milenaria esta misma "Gracia" divina operará sobre "todo el que tenga la voluntad" de entre el mundo. Hasta que no se obtenga la perfección (*privilegio* que estará al alcance de todos hasta al final del Milenio) de nadie se esperará la absoluta perfección moral. Esta nueva prueba, que es gracias al rescate y del

Nuevo Pacto, será diferente de la primera, en el Edén, por cuanto los actos personales tan sólo afectarán al individuo.

(27) Pero ¿No sería esto dar a algunos miembros de la raza humana una *segunda* oportunidad para conseguir la vida eterna? Respondemos: Adán, cuando desobedeció, no aprovechó la *primera* oportunidad de ganar la vida eterna tanto para sí mismo como para la raza que aún estaba "en sus entrañas." Bajo la prueba original, "sentencia vino a todos los hombres"; Dios se propuso que por medio del sacrificio de redención ofrendado por Cristo, después de que hubieren probado la crueldad de la maldad del pecado y habiendo sentido el peso de la pena, Adán, y *todos* los que perdieron la vida a causa de la caída de éste, tuvieran la oportunidad de volver a entrar en armonía con Él por medio de la fe en el Redentor. Si alguno desea llamar a esto una segunda oportunidad, que lo haga; seguramente lo será para Adán, y también, en cierto grado, para la raza en general; será no obstante la primera oportunidad *individual* para los descendientes de aquel, quienes al nacer se encontraban ya bajo la condena de muerte. Llámesele como quiera, el hecho viene a ser el mismo: todos fueron sentenciados a morir por causa de la desobediencia de Adán, y por medio de los favorables términos del Nuevo Pacto (en la Edad Milenaria), todos gozarán de una *plena oportunidad* para alcanzar la vida eterna. Conforme lo anunciaron los ángeles, éstas son "Buenas Nuevas de gran gozo que serán para todos," y como lo declaró el Apóstol, esta gracia de Dios, el hecho de que Cristo "se dio a sí mismo en *rescate por todos*," "a su debido tiempo" será a todos testificada. (Ro. 5:17-19, 1 Ti. 2:4-6) Los hombres, no Dios, han decidido limitar durante la Edad Evangélica esta prueba u oportunidad de obtener la vida. Por el contrario, Dios nos informa que la Edad Evangélica tiene como objeto escoger su Iglesia, el Sacerdocio Real, por medio del cual, en la edad subsiguiente, todos los demás serán traídos a un perfecto conocimiento de la Verdad, concediéndoseles una oportunidad completa de procurarse la vida eterna bajo el Nuevo Pacto.

(28) Pero ¿qué ventajas tiene este método? ¿Por qué no dar una prueba individual a cada uno, sin el largo proceso de la caída de Adán y su condena, la participación de sus descendientes en esa condena, la redención de todos por medio del sacrificio de Cristo y la nueva oferta de vida eterna bajo las condiciones del Nuevo Pacto? ¿Si a causa del libre albedrío del hombre debe permitirse el mal, por qué se efectúa su exterminio de una manera tan extraña y tan llena de rodeos? ¿Por qué permitir que tanta miseria se ensañe sobre muchos de los que han de recibir finalmente el don de vida, como hijos obedientes de Dios?

(29) Ah! Ese es el punto central de interés en este tema. Al haber Dios dispuesto la propagación de la especie de una manera diferente, no participando los hijos de los pecados de sus padres (no participando de sus debilidades mentales, morales y físicas), al haber hecho lo conducente para que al ser probado cada uno gozara de una condición tan favorable como en el Edén, determinando que únicamente los transgresores sufrieran la condena y fuesen destruidos, ¿cuántas personas creemos que, bajo esas condiciones, se mostrarían dignos, y cuántas indignas de la vida?

(30) Si tomamos el caso de Adán como base para nuestro criterio (y recordemos que él fue en todo sentido una muestra de lo que es el hombre perfecto), llegaríamos a la conclusión de que ninguno sería hallado perfectamente obediente y digno, siempre y cuando que ninguno poseería un claro conocimiento de Dios ni habría experimentado sus favores hasta el grado de desarrollar una absoluta confianza en esas leyes, más allá que su juicio personal. Se nos asegura que el conocimiento que Jesús tenía acerca del Padre, le permitió obedecer y confiar en Él implícitamente. (Is. 53:11) Vamos a suponer que la cuarta parte de la raza alcanzara la vida, o más, supongamos que la mitad fuese hallada digna de vida, y que la otra mitad recibiere la muerte por causa del pecado. Supongamos además que los obedientes nunca hubiesen experimentado ni presenciado el mal, ¿no sería de esperarse que eventualmente sintieran curiosidad por las cosas prohibidas, evitándolas

solamente por temor a Dios y al castigo? En tal caso su servicio no llegaría a ser tan comprometido como estar profundamente familiarizado con el bien y el mal, adquiriendo así el aprecio debido por los benévolos designios del Creador al dictar las leyes que gobiernan su propio camino y el de sus criaturas.

(31) Pensemos ahora en la otra mitad, los que a causa de su pecado voluntario recibirían la muerte. Para siempre serían privados de la vida, y su única esperanza sería la de que Dios, en su amor, al acordarse de ellos como criaturas suyas, hechura de sus manos, les suministrare otra prueba. ¿Y esto con qué objeto? El único imaginable sería la esperanza de que, si se les daba nuevamente la vida para ser probados otra vez, algunos de ellos, teniendo ya más *experiencia*, decidirían entonces ser obedientes y vivir.

(32) Aun cuando ese plan fuese tan bueno en sus resultados como el que ha adoptado Dios, presenta serias objeciones.

(33) ¡Cuánto mejor se muestra la sabiduría de Dios al limitar el pecado dentro de ciertos límites, como lo ha hecho en su plan! ¡Aun nuestras limitadas mentes pueden discernir cuán preferible es el tener una sola ley, perfecta, e imparcial, la cual declara que la consecuencia del pecado es la muerte, la destrucción, la suspensión de la vida! Nos damos cuenta de que Dios ha limitado el mal al disponer que el Reino Milenario de Cristo lo destruirá por completo, junto con los que lo practican, para introducir en su lugar una eternidad de justicia basada en un conocimiento cabal y en la perfecta y voluntaria obediencia de seres perfectos.

(34) Pero todavía hay dos objeciones a tal plan, de juzgar a cada individuo separadamente desde el comienzo. Solo un Redentor fue suficiente en el Plan de Dios porque solo *uno* había pecado y *uno* había sido condenado. (Los otros compartieron *su* condena.) Pero si el primer juicio hubiese sido el juicio individual y si la mitad de la humanidad hubiese pecado y hubiesen sido individualmente condenados, hubiese sido necesario el sacrificio de un redentor por cada individuo condenado. Una vida

solo puede redimir otra vida perdida y no más. El hombre perfecto, "el hombre Cristo Jesús," quien redime al caído Adán [y a todas nuestras pérdidas a través de él], no hubiese podido ser "un rescate [el precio correcto] para TODOS," bajo ninguna circunstancia sino con el plan que Dios escogió.

(35) Si asumimos que el número de seres humano desde Adán es 100 mil millones, y que solo la mitad ha pecado, se hubiese requerido que mueran 50 mil millones de obedientes y perfectos seres humanos para que se den como *rescate* (el precio correspondiente) por los 50 mil millones de transgresores y, por este plan, también hubiesen tenido que morir. Y tal plan involucraría *el mismo* sufrimiento que lo que estamos experimentando ahora.

(36) La otra objeción a ese plan es la de que ocasionaría un serio desarreglo al propósito divino de elegir, y de exaltar a la naturaleza divina, al "pequeño rebaño," el cuerpo de Cristo, la compañía de la cual Cristo es la Cabeza y Señor. Siempre y cuando que, *por medio de su obediencia*, los 50 mil millones de hijos obedientes hubiesen alcanzado el derecho a la vida eterna, en justicia Dios no podía exigirles que renunciasen a sus derechos, a su vida, y a sus privilegios, para darse en rescate a los otros 50 mil millones de pecadores. Si Él les hubiese propuesto el ofrendarse en rescate por los caídos, también les habría ofrecido, como en el caso de Jesús, una recompensa especial para que por el gozo presentado a ellos, pudieran soportar el castigo de sus hermanos. Si se les daba la misma recompensa que le fue dada a Jesús, o sea la de participar de la naturaleza divina y ser exaltados sobre los ángeles, principados, potestades y todo nombre que se nombra después del de Jehová (Efe. 1:20, 21), habría un inmenso número en el plano de la naturaleza divina, lo cual claramente, no fue aprobado por Dios. Por último, bajo tales circunstancias, estos 50 mil millones se encontrarían en el *mismo nivel*, no habiendo entre ellos ningún jefe o cabeza. El plan que Dios *adaptó*, en contraste con el ya examinado, requiere sólo un Redentor, quien ha sido altamente exaltado a la naturaleza divina; da también lugar a un "pequeño rebaño" de los

redimidos por ese Redentor, aquellos que "andan en sus huellas" de sufrimiento y abnegación con la esperanza de ser partícipes de su nombre, de su honor, de su gloria y de su naturaleza, a la manera en que la esposa participa de todo lo que a su esposo pertenece.

(37) Los que logran apreciar esta característica del plan de Dios, por el cual condena a todos por causa de *uno*, hizo posible el rescate y la restitución de todos por medio de *un* Redentor, hallarán en ello la solución de muchas perplejidades. Se darán cuenta de que al condenar a *todos* en uno, lejos de serles perjudicial si se tiene en cuenta el plan de Dios de proveer por medio del sacrificio de Otro la justificación para *todos*, redundará en beneficio general. La maldad será para siempre eliminada después que el propósito de Dios de permitir el mal se haya obtenido y cuando los beneficios derivados del rescate hayan sido extendidos hasta el radio que alcanzó la penalidad por el pecado. Sin embargo, es imposible apreciar correctamente esta característica del Plan de Dios sin reconocer por completo la maldad del pecado; la naturaleza de la pena impuesta—la muerte; la importancia del *rescate* que dio nuestro Señor, y la completa restauración de cada individuo a condiciones favorables bajo las cuales se le proporcionará una prueba amplia y cabal antes de declararlo merecedor de la recompensa o del castigo: la vida eterna o la muerte eterna, respectivamente.

(38) Al comprender este gran plan de redención y la consiguiente "restitución de todas las cosas" por medio de Cristo, podemos apreciar las grandes bendiciones que resultan de haberse permitido el mal, quizá en un grado tal que no hubiera sido posible de otra manera.

(39) Los hombres no sólo recibirán un eterno beneficio debido a la experiencia obtenida, y los ángeles al observar tales experiencias, sino que se beneficiarán también al conocer más a fondo el carácter de Dios, como se manifiesta en su plan. Cuando su plan haya sido por completo llevado a cabo, en él podrán todos leer su sabiduría, su justicia, su amor y su poder. Todos se han de enterar de la justicia que se demuestra en no violar los decretos divinos, y en no salvar a

la raza condenada sin antes cancelar la pena por medio de un Redentor voluntario. Se darán cuenta del amor demostrado al proveer este noble sacrificio, y en exaltar hasta su diestra al Redentor, dándole autoridad y potestad para restaurar a la vida a los que compró con su preciosa sangre. Podrán también contemplar la sabiduría y poder demostrados en preparar un glorioso destino para sus criaturas, que pudo gobernar toda influencia contraria, y que supo aprovechar tanto los agentes voluntarios como los involuntarios, para el avance y final ejecución de sus grandes designios. Se nos hace difícil comprender cómo se hubiesen obtenido estos mismos resultados de no haberse permitido el mal y de no haber sido dominado de tal manera por la providencia divina. El permiso del mal entre los hombres, y durante cierto tiempo, deja traslucir una sabiduría y perspicacia ilimitadas que, aprovechando todas las circunstancias correlativas, ideó el remedio, y, por medio de su gracia y de su poder, marcó el resultado final.

(40) Durante la Dispensación Evangélica, el pecado y sus agentes, también se utilizan para disciplinar y preparar a la Iglesia. Al no haberse permitido el mal no habría sido posible el sacrificio de Jesús y de su Iglesia, cuya recompensa es la naturaleza divina.

(41) Parece muy razonable que, en sustancia, la misma ley divina dada a la humanidad en este tiempo, la obediencia que tiene como premio la vida eterna, y su desobediencia que tiene la penalidad de la muerte, ha de regir por último a todas las criaturas inteligentes creadas por Dios. Como nuestro Señor la define, esa ley se resume en una palabra *Amor*: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con todo tu entendimiento, y a tu prójimo como a ti mismo." (Lu. 10:27) Cuando los propósitos de Dios se hayan efectuado, se manifestará a sus criaturas la gloria de su divino carácter; entonces el permiso temporal del mal será apreciado por todos como una característica muy sabia. Ahora esto solamente puede discernirse con los ojos de la fe, estudiando en la

Palabra de Dios las cosas anunciadas por todos los santos Profetas que desde el principio del mundo han hablado en el nombre de Jehová: la restitución de todas las cosas.

¡VENGA TU REINO!

¡Venga tu Reino, oh Dios, venga tu Reino!
De mañana a noche es mi oración;
¡Venga tu Reino, oh Dios, venga tu Reino!
Y acabe de este mundo la opresión.

Cuando busco un consuelo en esta tierra,
Doquiera miro, sólo veo dolor;
Unos a otros, y en sañuda guerra
Los hombres se batien con ardor.

El rico, todo el oro se acapara
Negando al pobre su porción,
Y contempla al obrero, cual soñara,
Volviendo a los años de opresión.

El clero, que se dice muy cristiano,
Y que a Cristo debiera predicar,
Como es en extremo darwiniano
Se ocupa tu Palabra en "criticar."

Y la prensa, que en sus páginas debiera
Afanarse lo bueno en presentar
Hoy, tan solo parece que tuviera
Homicidios y robos que tratar.

Y en tanto que cegado se apresura
Este orden a terrible destrucción,
Sólo en tu Palabra se asegura
Paz y dicha, después de la lección.

¡Venga tu Reino, oh Dios, venga tu Reino!
Continuará siendo mi oración.
¡Venga tu Reino, oh Dios, venga el Milenio!
¡La prometida GRAN RESTITUCION!

Esta edición en español El Plan Divino de las Edades es una traducción actualizada de la versión original en inglés de 1886.

This Spanish edition of the Divine Plan of the Ages is an update translation of the original 1886 English version.

by Northwest Indiana Bible Students, Hebron, Indiana, USA 2022